

parecía el mismo. Sus hábitos cambiaron; se retiraba unas veces más tarde, otras más temprano que antes; rara vez hablaba; y aun cuando se esforzase en parecer, si no alegre, tranquilo, bien se echaba de ver con solo mirarle, que estaba agitado y triste. La muchacha le suplicaba:

—¡Habla! ¡Dime qué es lo que tienes! ¡No me hagas sufrir!

Por su parte, él suplicaba aún con más calor á Julia que no se preocupase del cambio que había experimentado, debido únicamente á un mal-estar pasajero. Cada día que pasaba, se ponía más pálido y melancólico, y el esfuerzo que hacía por sonreír y por hablar, aparecía siempre más evidente y más doloroso. La tarde en que ocurrió la escena del jardín, volvió á casa anticipadamente, y Julia le suplicó una vez más y con mayor ternura que nunca, que hablase; él le respondió con voz cansada y temblorosa:

—Dentro de algunos días... hoy es imposible. Se encerró en su cuarto, dejando á la pobre muchacha desolada. A la mañana siguiente, antes que las mujeres se despertasen, había ya salido de casa.

V.

La madre, aunque no estaba sino para pensar en sus males, advirtió también el cambio que Alberto había experimentado, y más de una vez había hablado de ello con su hija aunque no le daba gran importancia.

—Es una de esas melancolías —decía— que acomete á todos los muchachos; cualquier día le pasará.—Julia, sin embargo que tenía el ojo listo y el cariño para adivinar lo que pasaba, no era del mismo parecer; el corazón le presagiaba algún suceso siniestro, llegando á tal punto su ansiedad, que comprendiendo que no podría resistir en tal estado, se resolvió á averiguar la verdad á toda costa, aun teniendo que amenazarle con que dejaría de quererle y se separaría de él para siempre.

Llegó la noche. Julia y su madre estaban cenando, sentada la una frente de la otra, alumbradas por una pequeña luz de aceite. La madre

tenía vendada toda la cabeza de modo que apenas se le veía la cara, acurrucada en un viejo sillón antiguo, con la barba pegando casi con la orilla del plato y los ojos á medio cerrar; en la pared opuesta se destacaba la sombra alargada de Julia con el peinado en desórden; la habitacion estaba casi á oscuras, sin oirse más ruido que el tic-tac del reloj de pared.

A poco se oyeron los pasos de Alberto que subía; abrió la puerta presentándose en la habitacion.

—¡Ya era hora!—exclamaron á una ambas.

Alberto se sentó cerca de la mesa; Julia le miró lanzando un grito:

—¡Dios mio! ¿qué tiene?

Alberto se esforzó por sonreír y contestó con dulzura:

—No me pasa nada.

—¡Es imposible! tiene Vd. una cara de muerto, que dá miedo!—Exclamó Julia levantándose.

—Te suplico...—murmuró Alberto cogiendo la mano de Julia;—séntate... te aseguro... que no tengo nada...—

Julia se sentó, separó hácia un lado el plato y se cruzó de brazos con aire desdeñoso.

—¿Quiere tomar un sorbo de vino?—le preguntó la madre.

Alberto se lo agradeció, haciendo demostracion de que no quería. Dirigiendo luego su mira-

da llena de ternura y de tristeza á Julia, abandonóse en una actitud que revelaba la postracion más profunda de ánimo; la muchacha no pudo contenerse, se levantó, encendió una luz y dijo resueltamente á su madre:

—Perdóname madre, es preciso que yo hable un momento con Alberto.

La madre, alzando con trabajo la vista, miró á ambos, diciendo:—Melancolías.—Alberto entró en la habitacion con la muchacha, dejando abierta la puerta. Apenas entró se dejó caer sobre una silla; Julia se sentó delante de él y cogiéndole las manos le dijo en voz baja, y precipitadamente:

—Confíate á mí, te lo suplico por última vez; es imposible que de esta suerte sigamos adelante... No digas que no te sientes bien; no me basta, quiero saber el por qué; no es posible que falte una razon y algo ha ocurrido; te ruego que me lo digas, no me hagas sufrir más, bastante he sufrido ya. ¿No tienes confianza en mí? Si no cuentas tus secretos á las personas que te quieren bien, ¿á quién irás á confiárselos?

Alberto por toda respuesta, le besó una mano; ella la retiró.

—¿Quieres que te diga—repuso—lo que te ha ocurrido?—Lo he adivinado. Algun disgusto grave has tenido en el bufete. El principal te ha sorprendido injustamente, te has resentido, él te ha

dicho alguna palabra ofensiva y tú por no perder el empleo has tenido que callarte; hé aquí el motivo de tu sufrimiento. Dime si puedes, que no es cierto. ¡Quién duda que lo he adivinado!

—No,—respondió Alberto con débil voz y cogiendo de la mano á Julia.

—Entonces...—añadió ella—ya sé por qué. Es otro el motivo. ¿Quieres que francamente te lo diga? ¡Has jugado!—Y se le quedó mirando fijamente.—Has jugado, has perdido, y has adquirido deudas que no puedes pagar. Confiérame que esto es lo que ha pasado, pero, ¿y por qué no me lo has dicho enseguida? Bien podías comprender que lo poco que nosotras podamos hacer por tí, estábamos dispuestas á hacerlo con el alma y la vida. Por mi cuenta, mira, aun cuando en toda la casa no quedara más que un jergon para dormir y cuatro trapos para tapar mis carnes... No, no te sonrías no puedes figurarte qué daño me hace esa sonrisa; no digo nada que no esté dispuesta á hacer mañana mismo, esta misma noche si quieres ponerme á prueba... conozco bien á mi madre. Dime que has jugado.

Alberto indicó que no con la cabeza y se cubrió el rostro con ambas manos.

—Si no es así, ¿qué puede ser entonces?—continuó Julia, haciéndole retirar las manos de la cara;—¿alguna promesa que has hecho que ahora

no puedes cumplir? Un proyecto, por ejemplo, que tuvieras en la cabeza, contando para llevarlo á cabo, ¿qué se yo?... ¿Un ascenso en tu empleo, que esperabas como seguro y hoy has perdido toda esperanza? ¿Es esto? ¿Un proyecto en que yo entrase quizá? Por Dios, fijate en lo que me obligas á decir. Si por acaso fuese esto, te doy mi palabra, te juro por lo más querido que haya para mí en el mundo, que siempre te profesaré igual cariño, ocurra lo que ocurra y sea cualquiera el estado en que te encuentres... ¡No tienes más que veinte años! ¡Queda tanto tiempo! ¡No hay para qué preocuparse...!

Alberto puso una mano sobre un hombro de la muchacha, le miró en los ojos y murmuró...

—¡Julia querida! Si te dijera lo que tengo... te afligiría demasiado. Déjame solo; te lo ruego; te prometo que llegaré un día en que te lo diga todo; ahora no puedo, me falta valor...

Julia se levantó de repente; corrió hácia la puerta; miró en la habitacion inmediata; su madre dormía. Cerró la puerta, y se arrojó de rodillas delante de Alberto.

—Por última vez—prorumpió anegada en llanto—te lo exijo; dime lo que tienes.

Alberto se quedó pensativo, mirándola un momento; se conmovió como si se hubiera resuelto á hablar; abrió su boca...

—¡Qué!—exclamó vivamente Julia.

—Mirame...—respondió Alberto con voz muy débil.

Julia se separó hácia un lado, con objeto de que la luz iluminase por completo el semblante de Alberto; le miró atentamente, y cogiéndole por ambas manos, exclamó aterrada:

—¡Sufres mucho! ¡Tienes necesidad de que te vea el médico, Alberto! ¡Qué tienes? ¡Qué sientes?

Alberto dejó caer su cabeza sobre el hombro de Julia.

—¡Dios mio!—é intentaba vanamente levantarlo.—¡Madre! ¡Madre!

—No, no la llames—murmuró Alberto sin levantar la cabeza y echándole los brazos al cuello...—todo te lo diré.

—¡Pronto!

—Oye—continuó el jóven, con la voz tan baja que apenas si se oía—me cuesta una violencia, que no puedes imaginar... el tenerte que decir... No lo siento por mí, Julia, sino por tí... Tú me lo perdonarás... Creía que tendría valor... para callarme siempre; me faltan los ánimos... he esperado hasta lo último... dime que me perdonarás.

—¡Oh, sí, sí!—respondió Julia llorando.—¡Habla!

—Pues bien... tengo que decirte una cosa... que no puedo decirte mirándote... apoya tu cabeza aquí... así...

Julia apoyó su cabeza sobre el pecho del jóven, el cual acercó sus lábios al oído de ella. Permanecieron algun tiempo inmóviles en aquella postura; ella con la cara vuelta hácia arriba y los ojos á medio cerrar, como si durmiera; él con la cabeza inclinada y los cabellos en desórden sobre su frente. No se oía más que la afanosa respiracion de Julia, y el monótono gemido de su madre, que dormía en la habitacion inmediata. Era la primera vez que la estrechaba entre sus brazos, y por un momento la dulzura de aquel abrazo fué tan viva para ambos, que casi suspendió en ellos el diverso dolor que les agitaba; las mejillas de Julia se pusieron encendidas, y su boca se entreabrió con ligera sonrisa; Alberto la besó, y retiró súbitamente su cara como si se hubiera abrasado; volvió en sí, lanzó un ronco gemido, y bajando su cabeza con profundo abandono, murmuró al oído de Julia:

—¡Tengo hambre!

Julia se puso en pié de un salto, lanzando un grito; se quedó inmóvil, inclinada, esperando, y con los ojos fijos en los de Alberto, que se cubrió el rostro, exclamando con acento desconsolador:

—¡Ah, no debía haberlo dicho, Julia, perdóname!

La muchacha dió un grito más agudo, verdaderamente desgarrador, y cayó de rodillas á los piés de Alberto; le besó, se levantó, miró en der-

redor, hasta que por fin rompió á llorar, gritando á la vez:

—¡Me vuelvo loca!

Corrió hácia la puerta, llamando en alta voz:

—¡Madre! ¡Madre!

Retrocedió de nuevo para besar á Alberto; volvió á dirigirse á la habitacion inmediata, y otra vez con pasos precipitados deshizo su camino, trayendo cogido el delantal con ambas manos; vaciló y cayó.

En el mismo instante asomaba su madre por la puerta.

Alberto, pálido, con los ojos fijós en Julia y los brazos caidos, parecía fuera de sí; Julia estaba arrodillada, con la cabeza abandonada sobre las rodillas de él, inmóvil; á uno y otro lado, esparcidos por el suelo, se veían pedazos de pan y frutas, que la muchacha había dejado escapar al caer.

VI.

El bufete en que trabajaba Alberto, se hallaba en una de las calles más solitarias de Florencia. Trabajaban con él otros tres ó cuatro muchachos, entre pasantes y escribientes, con los cuales tenía poca intimidad, porque eran de distinta índole y de distintos hábitos. El abogado, propietario del bufete, era hombre como de cincuenta años, de aspecto severo, modales bruscos y pocas palabras; pero de buen fondo, segun decían, justo, y á veces se mostraba afable con sus subordinados; á condicion, sin embargo, de que no le contradijeran nunca, y de que supiesen esperar la reparacion de la injusticia para cuando espontáneamente surgiera el arrepentimiento en su conciencia, y sin que mediara reclamacion ni protesta alguna de parte de los demás; hombre honrado, en una palabra, con orgullo y génio irascible, por lo cual inspiraba más temor que cariño. En los jóvenes que tenía á su lado, le agradaba más que la

laboriosidad y el recogimiento, la deferencia manifestada en la actitud modesta y en las palabras obsequiosas. Hé aquí por qué no había nunca congeniado con Alberto, que solía obedecer en silencio, saludar sin una sonrisa, y mostrarse respetuoso sin inclinarse. El otro escribiente (eran dos) le había caído más en gracia; á él le confiaba con preferencia los trabajos extraordinarios que daban alguna pequeña ganancia además del sueldo mensual. Era presuroso, sonriente y flexible; prevenía con admirable rapidez todo; reflejaba con la prontitud del espejo todas las sonrisas del abogado; repetía con la fidelidad del eco la última palabra de todas las frases; vestía con cierto buen aire, y sin llevar los gabanes y pantalones que Alberto solía vestir, descoloridos y sin pelo, que parecía un milagro el que se sostuvieran las puntadas, como si quisieran echarle en cara la mezquindad del sueldo que recibía. Este era, pues, el predilecto, y el que gozaba su intimidad. Alberto le miraba por esto con ojeriza, no porque le causara envidia la predilección, que era su alma incapaz de sentir envidias, sino por la maligna ostentación que el otro hacía de sus privilegios, prodigando perpétuamente una ligera sonrisa de benevolencia protectora, más insolente todavía que la soberbia. Tenía algún año más que Alberto, era petimetre é iba siempre vestido como un *sietemesino*, alegre, charlatan y fastidioso.

Una mañana lluviosa, á fines de Marzo, siete días antes de que ocurriera en casa de Julia el suceso que hemos referido, hacía frío y se había encendido el fuego en todas las chimeneas del bufete; Alberto escribía en una habitación inmediata á la del principal, poco separada de la del otro escribiente, que á cada paso se levantaba á calentarse. Se presenta de pronto sobre el umbral de su gabinete el abogado, y con el mismo entrecejo indicó á Alberto que le necesitaba. Se levantó Alberto y se fué al gabinete. Se sienta el abogado delante de su mesa, que estaba frente á la estufa, y comienza á buscar entre sus papeles, diciendo:

—Tengo que darle una cosa para copiar.

Alberto estaba derecho como un recluta, á un paso de distancia de su silla.

—No está—dijo el abogado, y cerrando con fuerza un libro grueso de cuentas que tenía delante, se levantó y salió.

Poco despues volvió con una hoja de papel en la mano, y diciendo:

—Aquí está—y se lo alargó á Alberto, haciendo indicación con la mano para que lo copiase.

Alberto se volvió á su mesa y comenzó á copiar. A los pocos instantes oyó en el gabinete del abogado un ruido confuso como de libros y pliegos que se echan confusamente unos sobre otros, voces de impaciencia, bufidos, y luego silencio; á poco, nuevamente el rumor, más fuerte cada vez

y más precipitado, y otra vez el silencio; finalmente oyó su nombre. Corre al gabinete, y se plantó como siempre, delante de la mesa, diciendo:

—A sus órdenes.

El abogado le miró. Alberto que no estaba habituado á la mirada de aquel hombre, á quien sabía que no era simpático, se puso encendido.

—Dígame la verdad,—dijo el abogado severamente, bajando los ojos sobre la escribanía.

El jóven le miró estupefacto. El abogado fijó en él su mirada nuevamente, contrajo el entrecejo, pareció un momento incierto y luego prosiguió con tono resuelto:

—Dígame la verdad... y quedará sepultada entre Vd. y yo para siempre.

—¡No entiendo!—respondió el jóven sonriendo.

Hay momentos desgraciados en que basta solo el más fugitivo indicio para cambiar una vana sospecha en una certeza profunda, definitiva, ciega, que arranca de los labios palabras fatales.

—Aquí—dijo con vivacidad el abogado—había un billete de cien pesetas.

—¡Oh!—exclamó el jóven, pálido y haciendo un gesto vigoroso como para rechazar de sí aquella sospecha.

El abogado le miró como para leerle en su alma.

—¡Señor abogado!—gritó Alberto con una voz que no parecía la suya—¡le prohibo mirarme de ese modo!

—Solo yo—respondió imperiosamente el abogado—puedo decir aquí: ¡prohibo! ¡Y yo le prohibo volver á poner los piés más en mi bufete!

—¡Pero fijese en lo que hace, por amor de Dios!—gritó Alberto con acento suplicante y desesperado.

El abogado, trémulo, le mostró la puerta. Los otros muchachos acudieron; Alberto les miró, miró de nuevo al abogado, hizo un esfuerzo por hablar, no pudo, se dió un gran golpe en la frente y salió con pasos precipitados.

—¡Váyanse!—dijo bruscamente el principal á los jóvenes; y se quedó solo. Permaneció inmóvil, pálido, con los ojos fijos en la puerta. La ira desapareció pronto, le asaltó de improviso una duda, se puso á buscar de prisa, con fúria, sobre la mesa, debajo, alrededor y por entre los libros; no halló nada, lanzó un suspiro, se abandonó sobre la silla jadeante.—¡Estaba aquí—murmuró dando un golpe con la mano sobre la mesa—aquí, no puedo haberme engañado!—Y volvió luego á pensar y á buscar.

Desde aquel día Alberto no volvió á presentarse, y el abogado no hizo más conversacion sobre él. Creyendo que nadie había oido las palabras que habían sido la causa de la cuestion—

aquí había un billete de cien pesetas—á nadie se lo reveló. Rebuscó el billete, pero siempre inútilmente; no había lugar á duda; al contrario, tuvo varias veces intencion de hacer venir á Alberto para obligarle á confesar. Pero cuando se representaba la imágen de aquella cara desfigurada y pálida y de aquel gesto imperioso, un sentimiento de temor secreto, más fuerte casi que su certeza, le hacía desistir de su intento.

Esta había sido la causa del cambio que Alberto experimentó y de todo lo ocurrido despues. No había vuelto más al bufete, ni había encontrado á nadie de los que le componían.

Y Julia, la noche del hambre, lo supo todo.

VII.

Vivía por entonces en una elegante habitacion de la calle de Santa Reparada cierto jóven napolitano, que había venido á Florencia á estudiar lenguas y á consultar documentos para una obra de crítica literaria que hacía tiempo le tenía ocupado. Más de un año hacía que había llegado á Florencia y ya contaba con muchas relaciones; frecuentaba pocas, y una vez una, y otra otra, segun le gobernaba el variable humor que tenía y la violenta pasion por los estudios de que estaba poseido, interrumpida de vez en cuando por impetuosa atraccion hácia la vida desarreglada. Su casa era fiel expresion de su índole y de su vida. Muchos libros, todos en monton sobre una mesa, desencuadernados, con las hojas sueltas; encima del monton de libros la ropa limpia que apenas hacía una hora había traido la planchadora; sobre la ropa un sombrero de copa con señales de haberle pasado el cepillo á contrapelo; un